

SANTIAGO MEDERO

ENTRE LOS SUEÑOS DE LAS ELITES Y LA REALIDAD

Santiago Medero (Montevideo, 1979). Arquitecto desde 2009 (Udelar). Magíster en Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad (UTDT, Buenos Aires, 2016). Profesor adjunto del Instituto de Historia de la Arquitectura y de Teoría de la Arquitectura. Es autor de diversos libros y artículos sobre la disciplina.

«Cielo azul celeste como los colores de la bandera, que en Europa confunden a menudo con la griega que ostenta los mismos colores, por algo se dice que Montevideo es la Atenas de América, yo creo sin ironía que no es sólo por la cultura sino por el cielo».¹

Las palabras pertenecen al arquitecto Fernando Capurro y fueron publicadas en 1944. Pero la creencia de que Uruguay, por sus características geográficas, climáticas, sociales y culturales, pertenecía al mundo latino y mediterráneo era muy anterior y estaba bien extendida. Cuando Julio Vilamajó propuso el estadio de Peñarol, lo diseñó como un gran teatro griego. Mientras, a los pies de la Torre de los Homenajes, sobre la Tribuna Olímpica, Juan Antonio Scasso y José H. Domato habían previsto una victoria alada que jamás se llevó a cabo: el Centenario también era para los *nuevos atenienses*.

En 1932, Scasso afirmaba:

La Democracia va arraigando en nuestro País al amparo de una organización constitucional básica que es unánimemente respetada, y prospera y se afianza al calor de una conciencia cívica que va desbrozando y depurando las convicciones y simpatías ciudadanas de lo que tenían en otro tiempo, de turbulencias y agresivas.²

El sueño de la democracia perfecta no duraría un año mientras el Estadio se

colmaba, domingo a domingo, de un batiburrillo de individuos de diversas nacionalidades, pobres y ricos, ilustrados y analfabetos. Algo lejos del pueblo ideal soñado por una elite intelectual, el estadio fue apropiado por un grupo heterogéneo pero con ansias de identificación. Se convirtió en el templo laico y ecuménico por excelencia. La proeza de su construcción y la primera gran victoria fueron los materiales primeros del mito unificador.

¿La transformación del Centenario en un estadio FIFA podría representar la irreparable destrucción de ese significado? ¿Hasta qué punto es posible reconvertirlo sin transformarlo en *otro* estadio? Con sus salas VIP y palcos exclusivos, con sus *shopping centers* y sus cómodos asientos bajo techo, ¿podría seguir siendo y significando lo mismo, o sería avasallado por un público y un aparato ideológico diferentes? Asimismo, ¿bastaría solamente con mantener la torre para que el Centenario se siguiera reconociendo como tal? ¿No atendería la cubierta —uno de los requisitos de los nuevos estadios— contra esa imagen icónica tomada desde el centro de la tribuna América?

En abril de 2018, el secretario nacional del Deporte ilustró dos de las alternativas posibles, ambas vivificadas pero independientes, de lo que suceda en 2030: demoler el Estadio y hacer uno nuevo o encarar una reforma radical a partir de la preexistencia. En el mismo mes, expertos uruguayos en construcción de estadios y referentes de la arquitectura se inclinaron por la segunda opción, tanto por razones económicas como patrimoniales. En cualquier caso, nadie pareció discutir la pertinencia y necesidad de un estadio nuevo o remozado. Sin embargo, ¿es tan obvio, cuando estamos frente a una construcción, que ha perdido la centralidad como sede del fútbol uruguayo? ¿Acaso las sucesivas ampliaciones del Gran Parque

Central y la construcción del Campeón del Siglo no han puesto en crisis las funciones originales del gigante de cemento y acero?

En su trabajo, Gabriel Ahlfeldt y Wolfgang Maennig sostienen que los efectos positivos de los estadios en la economía local sólo se han verificado en los casos en que el estadio tuvo un diseño arquitectónico distintivo.³ En definitiva, sustituir el Centenario por un estadio FIFA funcional pero intrascendente como hito arquitectónico y urbano sería, siguiendo a los autores, un mal negocio. Atentar contra su aura, vía reforma, no parece ser garantía de retorno del dinero invertido, y generar un estadio singular, «de autor», es mucho más costoso.

Existe, claro está, una tercera opción: mantener el Estadio tal cual está o hacer reformas puntuales, descartando de ese modo su lugar como sede mundialista. Pero si esto no parece tener más efecto que el de extender la agonía de un paciente sin un programa convincente a futuro, cabría preguntarse por el sentido de llevar a cabo cualquiera de las otras operaciones, valuadas, según operadores calificados, en un mínimo de 300 millones de dólares. En definitiva, el porvenir del Estadio depende de la inteligencia e imaginación para reformular sus funciones a largo plazo y explotar sus características originales. Atarlo a un evento puntual como un mundial, que en sí mismo es de dudoso rendimiento económico, parece llevar a un callejón sin salida.

1. Capurro, F. *Orientación estilística de la arquitectura en el Uruguay*. Montevideo: *Arquitectura* 212, 1944. pp. 78-79 y 106-110.

2. Scasso, J. A. *Urbanismo y política*. Montevideo: *Arquitectura* 171, 1932. p. 44.

3. Ahlfeldt, G y Maennig, W. *Stadium Architecture and Urban Development from the Perspective of Urban Economic* en *International Journal of Urban and Regional Research* vol. 34,3, 2010. pp. 629-646.